

La Caja de la china

3

HIT AND RUN . Rafael de Aguila Borges

*"Dust in the air suspended
mark the place where the story ended"*
T. S. Elliot

Afuera había comenzado a llover pero eso el hombre no podía saberlo, sentado a la cama se mantuvo con los ojos cerrados mientras sobre la mesa de noche el teléfono seguía aullando. Desde las brumas del sueño, muy cerca del teléfono y sus aullidos, las manecillas del reloj sacaron al hombre la lengua. Mierda, masculló. A un lado dormía la mujer, podrían bombardear, ella quedaría a salvo dentro del sueño, como en un bunker. ¿Sí? Desde el cable llegó su nombre, el silencio y otra vez su nombre. Roly. Aquella manera de aspirar la o y mantener en el aire, flotando, como en un sostenutto, la y. Aquella manera inolvidable. Sí, soy yo. Claro que eres tú, tonto. El estuvo tratando de precisar la última vez, cuántos meses desde que aquella voz desapareciera del cable. Siete, pensó, y desde el cable la voz volvió a aspirar la o, a sostener interminablemente la y. Siete meses, volvió a pensar el hombre. Siete meses y las dos y diez de la madrugada. Sí, soy yo, repitió. Oye, necesito un favor, ¿estás despierto? Siete meses y dijo que sí, estaba despierto, ¿qué clase de favor podría necesitar después de siete meses precisamente a las dos de la madrugada? Necesito cinco dólares, hicieron saber desde el cable. Cinco, repitió él, cinco dólares y siete meses, pensó, hacen una suma de doce. Está loca, volvió a pensar. ¿Puedes traerme esos cinco dólares? Quedó como un autómeta, un estúpido robot de Asimov, los ojos sobre el reloj, los ojos sobre aquel otro aparato desde el que llegaba una voz perdida detrás del

tiempo, cerró los ojos. Puedo, dijo. Perfecto, sabía que no me fallarías, escuchó desde el cable. El miró a un lado, la mujer seguía ahí, dormida, en su bunker, a salvo de todos los bombardeos. Estoy a dos cuadras de tu casa, sales, caminas en dirección a la avenida y pum, nos vemos. Bostezó, pum, siete meses y pum, volvió a pensar. Roly, ¿estás despierto o te dormiste ahí? No estoy dormido, ya salgo, aseguró. Del otro lado sólo dijeron: te espero, él fue a contestar pero desde el extremo del cable ya aleteaba el vacío. A un lado la mujer se envolvió en la sábana y abrió aún más la boca. Los dos niños dormían en la litera. Es una suerte, pensó el hombre, nada puede despertar a un niño, se cae el mundo, se va al carajo el Dow Jones, los marcianos avanzan hacia Londres, y ellos ahí, aferrados, ni marcianos ni terrícolas les joden el sueño, ellos también en su bunker. Se vistió; un short, un pulóver, apenas unos tenis. Tomó un poco de dentífrico del tubo y se ayudó con los dientes para hacerlo llegar a cada sitio de la boca, detrás de cada diente. Lo escupió sobre el lavamanos y se contempló al espejo. Yo estoy viejo y ella está loca, se dijo. Se lavó la cara varias veces, mucha agua, sobre el espejo la imagen continuó burlándose: estás viejo, estás viejo, repetía. El hombre miró al espejo sin inmutarse y no supo qué era menos patético; si un viejo cuerdo o una joven loca. La imagen sonrió, no seas estúpido, claro que es menos patético ser joven, los jóvenes siempre han parecido locos, sobre todo a los ojos de tipos patéticos que frente al espejo han sentido lo que ahora sientes tú. Me cago en tu madre, respondió el hombre, desde el espejo la imagen no dijo nada pero sonrió. Fue al salir que el hombre descubrió la llovizna, era débil y muy fría. Estuvo muy cerca de buscar una capa, al final

no se decidió. Miró al cielo, arriba se movían muy rápidas las nubes, como empujadas por todos los jóvenes locos, por todos los viejos patéticos, por todos los espejos, por cada uno de los meses, hasta siete. Hay viento sur, pensó. La calle estaba vacía y el hombre se perdió en cada recodo de los últimos siete meses, en aquella manera inalterable de aspirar y sostener las dos vocales de su nombre, en los cinco dólares, ¿para qué demonios necesitaría cinco dólares a aquellas horas? Pensó que su mujer podría despertar, se preocuparía al no encontrarlo en la cama, podría levantarse, buscarlo, no encontrarlo tampoco en la casa. Volveré muy rápido, se dijo, estuvo seguro de que la mujer seguiría a salvo detrás de las paredes del sueño, de que no advertiría el hueco en la cama, la ausencia de la casa, ella ahí, en su sueño, el sueño era el mejor de los bunkers. Siete meses y me llama de madrugada, pensó, movió a un lado y otro la cabeza, para pedirme cinco dólares, está loca. ¿Habría cambiado mucho? ¿Estaría más linda? El hombre recordó la imagen que minutos antes le ofendiera desde el espejo, aspiró con fuerza el aire cargado de agua y trató de recomponerse el pelo, todo es una mierda, se dijo, y algo se le agitó a temblores dentro. La avenida también estaba vacía, miró a un lado y otro, ni un solo cuerpo expuesto a la llovizna. Le molestó reconocerse tan inseguro, tan incapaz de definir los para, los qué, los cómo, Dios, o quién fuera, jugaba a restarle años, a podarle experiencias, a mutilarlo de hechos dejándole no obstante el rostro ajado, la piel no tersa, aquel espectro sobre el espejo sacándole la lengua, regalándole una sonrisa burlesca. Roly, le llegó desde los bajos de un edificio, estoy aquí. La o apenas aspirada, la y siempre sostenida. Estaba oscuro y el hombre no alcanzó de pronto a verla. ¿Dónde estás?. Aquí, tonto, aquí. La muchacha salió a la noche, a la llovizna, siete meses, pensó otra vez él. Ella sonrió, carajo, te demoraste, pensé que te habías quedado otra vez dormido. Se abrazaron. El pensó que estaba mucho más linda, ella lo miró y lo descubrió más viejo. Se apretaron duro, una dureza que se multiplicó por cada uno de los meses, de los siete,

ella sonreía. Carajo, no me aprietes tanto, no llegué desde el país de los muertos, y después: no has cambiado ni un milímetro, los mismos espavientos. La llovizna arreció un tanto, una gota resbaló desde la nariz de la muchacha y él la recogió con un dedo antes de que se fuera al suelo. Tú y la noche me regalaron esta gota, dijo. Ella volvió a sonreír, ya ves, eres el mismo, no cambias, igual de cursi. Ahora sonrieron los dos; ella con el mundo maniatado en la mochila, él como si no alcanzaran todos los bártulos para llevar la mitad de las mierdas del planeta sobre la espalda. Vamos a aquel techo, allá hay luz, señaló al edificio, ahí dentro un ratón tropezó con mis pies. Corrieron, la llovizna no alcanzaba a poner velos sobre la luna, redonda la luna, como la manzana que cayera una tarde sobre la cabeza de Newton para joderle el sueño. Hacía siete meses que no sabía nada de ti. ¿Siete?, ¿ya?, se asombró ella, tú siempre con eso del tiempo, ¿siete? ¿tantos? El hombre asintió, el centro cerebral que procesa el paso del tiempo estaba atrofiado en las mujeres, en las hembras jóvenes de la especie apenas existía. Se lo dijo. Ella aseguró que usar tanto algunas partes del cerebro era como no usar el sexo, si los hombres emplearan más el sexo y menos ciertas partes del cerebro estaríamos mejor. No ha cambiado, pensó él, iconoclasta, irreverente. ¿Qué has hecho en este tiempo? Pues vivir, como todos. Por alguna razón ella evitaba mirarlo. Y tú, ¿qué has hecho tú? Vivir, como todos, la copió él, y ponerme más viejo, y perder un diente, y leer decenas de libros, y respirar el aire del pobrecito planeta. La miró con ternura inevitable, quedó callado, después completó la frase: y extrañarte. Ella silbó y dio una vuelta completa, un giro rápido de 360 grados, como en el ballet, vaya, se quejó, eso último no podía faltar, no has cambiado un carajo. El tiempo no nos cambia, sólo fortalece lo que ya somos. Ella sonrió, y ¿a mí?, quiso saber, ¿qué me fortaleció a mí? Más allá del techo la llovizna se hizo lluvia, caía con fuerza, salpicaba como balas sobre el pavimento. El que la belleza, aquella forma rara de los ojos, la locura de no saber medir el tiempo. Discúlpame, sé que no son horas

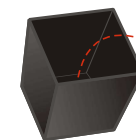
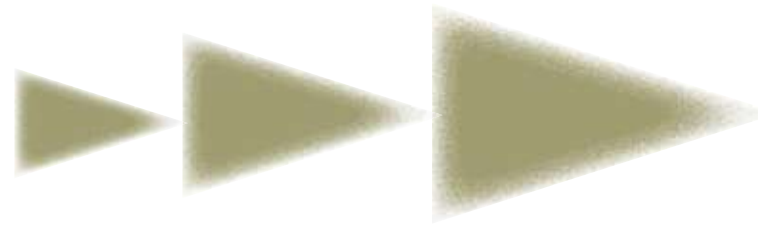
como para llamar a nadie, pero necesito el dinero. Bajó la cabeza y las manos le desaparecieron en los bolsillos del jean. Era su clásico grito de me aceptas como soy o te jodes. El pensó que la aceptaba, siete meses y las dos de la mañana pero la aceptaba. ¿Para qué necesitas cinco dólares a estas horas? Ella no sacó las manos de los bolsillos. Wrong question, dijo. Un día hicimos una promesa, tú que recuerdas tanto el tiempo no puedes haberla olvidado: nada de preguntas, ¿recuerdas? Él era el adulto y no se reconoció aludido. ¿Estás metida en un lío? Ella se rió, burlona. Oye, ¿en qué país vives tú?, sigues in wonderland con la pobre Alicia, ¿qué lío voy a resolver en este país con cinco dólares? Ahora la lluvia era tan cerrada que no dejaba ver más allá de unos metros. Entre ellos y el mundo una barrera de agua. ¿Y entonces?, insistió él. Entonces nada, la promesa, nada de preguntas. Es que si te pasara algo y yo lo supiera pudiera ayudarte. Ella señaló arriba, mira, hay luna llena, hoy salen los lobos, los lobos y los licantrópicos, auuuuuuuu, prorrumpió de pronto, llevaba la cabeza atrás en la medida en que dejaba progresar el aullido. Está loca, pensó él, y la ternura se le hizo un bulto de toneladas dentro. La ternura y la lástima, dos bultos, miles de toneladas. Después lo miró, todavía escondía las manos en los bolsillos, a él no le pasó inadvertido el gesto de defensa. No me sucede nada, de verdad, sólo necesito esos cinco dólares, ¿los trajiste? El le entregó los billetes. Eres un ángel, dijo ella y lo besó en la mejilla. Fue un gesto rápido, el cuerpo apenas se movió, las manos a los bolsillos, ella sólo había lanzado hacia delante el rostro. Un ángel, repitió. Un ángel sin lengua para preguntar, ripostó él. Eso, para preguntar: cero lenguas, el mundo debería vivir sin lenguas, al menos sin esas que se emplean para preguntar, sin preguntas, sin inoportunos que lleguen a hacerlas, sin tipos que crean que preguntando lo resuelven todo. ¿Yo soy inoportuno?, quiso saber él. Si preguntas, pues claro, lo eres, declaró la muchacha. Encima la luna seguía alumbrando, la lluvia caía cada vez con mayor fuerza y el hombre pensó que la muchacha tenía una manera muy particular

de considerar las inoportunidades; nadie podía llamar a las dos de la madrugada y acusar al llamado de inoportuno. Nadie. Al menos no en su mundo, aquel mundo en el que ciertas imágenes sobre los espejos se burlaban y sacaban la lengua. Tú siempre también con esa ilusión de que puedes ayudar, tienes todos esos años y no acabas de comprender que hay hechos y momentos en los que cualquier ayuda es una mierda. Siete meses, pensó él, y tuvo muchos deseos de cargarla. Acunarla. Cantarle una nana. Y ahora para colmo viene a joder esta lluvia, se quejó la muchacha, este país de mierda. Él advirtió que tenía un nuevo tatuaje sobre el hombro, sobre el derecho, un conejito, el lazo al cuello y las orejas largas, el logo de la Play Boy. Habría que estudiar por qué a estos les gusta escribirse y pintarrajearse el cuerpo, pensó, estoy seguro de que lo estudiaríamos y lo estudiaríamos y jamás alcanzaríamos a comprenderlo. A ti te gusta la lluvia, recordó ella, a mí no me gusta ni bañarme, es una mierda el agua, me importa poco si cae del cielo o de la ducha, el agua siempre lo jode todo, y en una isla más, el agua no nos deja ni siquiera irnos de aquí. A él no le quedó claro si aquello era una alusión al techo bajo el que estaban o a la isla sobre la que se erguían. Esta isla de mierda, repitió la muchacha. Yo no quiero irme de la isla, aclaró él, y pasaría toda la noche aquí, contigo, debajo de este techo, no me importarían los miles de grados Kelvin, también daría mi vida por ayudarte. Tu generación no sabe lo que quiere. Él la miró, otra vez la lástima colgándole de los ojos, es exactamente lo contrario, chiqui-lla, exactamente lo contrario, pensó. Tampoco creo que sea esta una isla de mierda, hay muchos otros sitios cuya constitución le debe más a esa materia. Ella soltó una carcajada, carajo, al fin te despertaste, dejas la cursilería y empiezas a soltar tus frases doctorales. Mira, explicó, tú vives en una isla de la que estás contento, o que en el peor de los casos te deja indiferente, yo vivo en otra isla, en una que odio, en mi isla no hay lugar para la indiferencia, y a ti te gusta lluvia, yo la odio. Iconoclasta, volvió a pensar él, si lograra organizar su vida como hilvana los pensamientos sería mucho

más feliz que el resto, la miró y se vio ahí, en aquella piel joven, repetido, esta vez la imagen no le llegó desde un espejo, le llegó desde los veinte años que entre ambos jugaban a borrar el tiempo. Me voy el mes que viene, soltó de pronto. ¿Adónde? Ella extendió los brazos, uffffffff, lejos, bien lejos de esta isla constituida trozo a trozo por esa materia que tú llamas mierda, me voy, salgo al mundo, ojalá fuera a Júpiter o a Saturno, pero por desgracia uno todavía no puede emigrar del planeta, un día se podrá y pum, te juro que no alcanzarán los pasaportes, la gente se robará los cohetes como se roban hoy los barcos y los aviones. La lluvia dejaba caer unas gotas enormes, grandes como cubos, de pura suerte no abrían cráteres sobre el suelo. Me voy a España, un amigo me invitó, ahí ya veré qué hago. ¿A Madrid? No, a un sitio que se llama Santander, ¿lo conoces? El asintió. Claro, eres Salomón, qué no conoces tú, ¿sabes de cuánta mierda está constituida la materia que conforma el sitio Santander? Se rieron. Es una ciudad al norte de España, hay playas, montañas, te va a gustar. Ella lo miró, esta vez fijamente. Estás más viejo, dijo. Lo sé, admitió él. Se tomaron de las manos. Ella dejó caer hacia atrás el cuerpo para que él la sostuviera, eso solía hacer siete meses antes. Me llevo tu dirección y te escribo, ¿puedo escribirte a tu casa, verdad? A menudo pasaba un auto, la lluvia apenas lo dejaba ver, sólo se escuchaba el ruido. Y cuando logre salir de España te escribo y te lo digo, y si un día necesitas algo, pues ya sabes, lo dices y ya veré si puedo mandártelo. Él la miraba en silencio, pobrecita, pensaba, un día cualquiera una imagen le sacará la lengua desde un espejo y quién sabe si para entonces habrá alcanzado sus sueños. ¿Tienes novio ahora? Tengo, admitió ella, sonrió, señaló con un dedo entre las piernas, tú sabes, hay que garantizarle alimento, recordarás que es un gran comilón, darle de comer es la garantía para creerse unos minutos fuera de la mierda. ¿Estás enamorada? Ella hizo regresar la manos a los bolsillos. Sabes muy bien que si lo estuviera no me iría de esta isla a pesar de toda la mierda que la conforma. Quedaron callados, el hombre la mi-

raba y no se lo creía, ella estaba ahí, apenas a un metro, los mismos gestos, eterna, como salida de un texto de Nietzsche, páginas amarillentas en las que el alemán la emprendiera a párrafos y párrafos sobre el eterno retorno. La muchacha jugaba a patear a un lado y otro una hoja de yagruma. Te quiero, dijo entonces él. Claro, y tienes que decirlo, no puedes aguantártelo, dejártelo dentro, tienes que decirlo hic et nunc, ¿no es así como me enseñaste a decir en latín aquí y ahora? El la abrazó muy fuerte, ya ves, me acuerdo, dijo orgullosa la muchacha, me acuerdo, aunque es mucho mejor decir hit and run. Se rieron a dúo, abrazados en una carcajada mutua. Después él intentó besarla pero ella llevó lejos la boca. Son malos los besos cuando una se va a España, declaró. No, son buenos, presionó el hombre. Tú no sabes un carajo de besos. Y después: ya, me voy. Pero si está lloviendo como en los tiempos de Noé. Me tengo que ir, repitió la muchacha, de verdad. ¿Quieres que vaya a la casa y te busque una capa? No, nada de capa, la lluvia hay que recibirla en la cabeza, así nos va limpiando de mierda hasta los pies. El volvió a abrazarla. Te quiero, repitió. Claro, carajo, me quieres, yo lo sé, también yo te quiero. El hombre pensó que ella no podía quererlo ni un milímetro, nada, ni siquiera un cabrón átomo de querencias. Yo sí te quiero, lo que sucede es que aquí cada uno se quiere a su manera. Y la tuya es una mierda, se repitió por dentro otra vez el hombre, muy mierda, como el agua, la lluvia, la isla. Una mierda. La muchacha se deshizo del abrazo. Son más de las tres de la madrugada, tú regresas ahora a tu casa, a tu cama, a tu vida, yo hit and run. El advirtió que desde miles de espejos miles de imágenes le sacaban la lengua. ¿Voy a poder verte antes de que te vayas?, quiso saber. Ella negó con la cabeza. Es mejor así, las despedidas me hacen mierda el alma. Recuerdo que un día me dijiste que Platón fue el primero que habló del alma. Quedaron callados, la lluvia caía y borraba el mundo, el hombre había quedado muy serio. Entiende, Roly. Otra vez fue la letra o aspirada, la letra y quedó flotando, sostenida del aire, de la luna, de vaya a saber qué. Chao, cuídate mucho,

dijo. Se dio la vuelta, caminaba rápido, las manos cruzadas sobre el pecho, la mirada perdida en el suelo, así la había visto caminar antes montones de veces. La lluvia no dejaba ver nada y sin embargo el hombre la seguía viendo a ella, apenas le contempló las nalgas que subían y bajaban acompasadas por el andar, la miraba toda y la ternura y la lástima eran miles de bultos dentro. ¿Adónde iría ella ahora? ¿Para qué querría aquellos cinco dólares? Una veintena de metros más allá ella se volvió a saludar con ambas manos, sonreía, el agua le había llegado a los pies y ella se dejaba deslastrar de mierda. En la curva se viró por última vez. El hombre le gritó que la quería, que se cuidara, que no la olvidaría nunca, lo gritó y se quedó allí, encima la luna, las gotas de lluvia que caían como bombas desde el cielo. Quiso correr, alcanzarla, susurrarle montones de palabras, abrazarla para borrarle las dudas, los infortunios, los peligros. De regreso a la casa la lluvia y el frío se le fueron metiendo dentro, todavía en la avenida se detuvo, no quería volver, la lluvia caía y a él siempre le habían gustado los aguaceros. Se sentó sobre un muro y miró arriba, sí, valdría la pena robarse un cohete; la luna era un primor de redonda, el cielo comenzaba a despejarse y la lluvia seguía cayendo, hic et nunc, cayendo, golpeándole el rostro, recorriéndolo, desde la cabeza a los pies, recorriéndolo, deslastrándolo, aunque él lo ignorara, aunque no lo intuyera siquiera, lenta, eterna, la lluvia hic et nunc, deslastrándolo también a él de mierda.



La Caja de la china

3